

## MALANDANZAS Y BIENANDANZAS DE LAS RELACIONES SOVIETICO-NIPONAS

Años lleva la URSS —más de veinte— encastillada en la negativa a reconsiderar la cuestión territorial que le plantea Japón. Y otros tantos lleva Japón empeñado en una reivindicación de la que hace condición previa para firmar un tratado de paz con la URSS. Por consiguiente, si de conceder un premio a la firmeza y paciencia se tratara, los dos países quedarían empatados. Pero ni la URSS ni Japón se limitan a arroparse en su capacidad de resistencia a las presiones del otro. Ambos aducen razones jurídicas para fundamentar su postura y facilitar argumentos a sus negociadores. Estos, por enfocar los mismos textos desde puntos de vista distintos, los entienden de modo distinto. Uno ve la taza por el lado del asa; el otro, por el lado que no la tiene. Rebasa la capacidad humana aprehender la realidad totalmente, y lo natural es hacer hincapié en la parte de realidad que favorece el propio interés. De ahí que los intentos de negociación soviético-nipona hayan sido diálogos de sordos. Sin embargo, han dado resultados en todo cuanto no fuera cancelar de una vez la ambigua situación de que desde 1956 ya no exista estado de guerra, pero no de paz, entre esos dos países, que entre tanto, han establecido relaciones a nivel de embajadores, comercian cuanto pueden y cooperan técnica y financieramente. Nada de esto impide que se tropiece con la cuestión territorial siempre que de paz formal, asentada en un texto jurídico, se trata.

La cuestión es tanto más complicada cuanto que la madre del cordero son acuerdos adoptados en Yalta (febrero de 1945) por los aliados y la URSS, que en aquella época no estaba en guerra con Japón, aunque sí lo estaban sus aliados. Retocando la conocida fórmula, acaso los partícipes en la Conferencia de Yalta estimaron que para la URSS «los enemigos de mis amigos son mis enemigos», lo que les permitió brindarle parte de un botín a repartir después de la derrota de Japón, entonces oficialmente amigo de la URSS o, por lo menos, no adversario. En efecto, entre las diversas insensateces que se acordaron en la Conferencia de Yalta, donde las nego-

ciaciones se desarrollaron cual si Stalin hubiera hipnotizado a los anglo-norteamericanos hasta abobarlos, Roosevelt y Harriman ofrecieron a Stalin y Molotov la parte meridional de la isla Sajalin y las islas Kuriles en reconocimiento «de los antiguos derechos de Rusia violados por el traidor ataque japonés de 1904»<sup>1</sup>. En contrapartida, la URSS había de comprometerse a entrar en guerra contra Japón. Aceptó hacerlo, dos o tres meses después de terminada la guerra en Europa, lo que le permitía remolonear hasta que los aliados británicos y norteamericanos estuvieran a punto de derrotar al enemigo asiático. Las decisiones de Moscú explican por qué, cuando Japón pidió el armisticio a través de Moscú, Moscú no facilitó la negociación<sup>2</sup>. Un armisticio antes de que la URSS hubiera tomado parte en la contienda acarrearía la pérdida del botín de victoria que pretendía obtener a precio de saldo, es decir, entrando en guerra el 9 de agosto, víspera del día en que Japón presentó demanda de capitulación incondicional. Cierto es que la parte de botín que le deparaban los acuerdos de Yalta era de naturaleza a excitar la codicia soviética aguzada en Europa. En efecto, le concedían la soberanía sobre la parte meridional de la isla Sajalin y el archipiélago de las Kuriles, rosario de islas que se desgrana entre la península de Kamchatka y las grandes islas niponas. Los soviéticos ocuparon esos territorios sin encontrar resistencia. Fue un paseo militar organizado por los occidentales, porque no sólo los acuerdos de Yalta, sino también los de Potsdam, que refrendaron los anteriores en lo que a Japón respecta, incluían a los soviéticos entre los vencedores con derecho a sacar ventaja de la victoria<sup>3</sup>. Finalmente, por aceptar Japón lo acordado en Potsdam en el acta de rendición, firmada el 2 de septiembre de 1945 a bordo del «Missouri», la URSS dio por zanjada la vieja pugna con Tokio por el dominio de Sa-

<sup>1</sup> Ofrecieron, además, a la URSS el arrendamiento de Port-Arthur, la internacionalización de Dairen, el mantenimiento del *statu quo* en Manchuria y el control de los ferrocarriles manchurianos, con el consentimiento de Chiang Kai-Shek, que pidió Roosevelt. En 1952, la URSS devolvió a la República Popular China Port-Arthur (Liaoning) y Dairen (Liu-chuen), así como los ferrocarriles manchúes.

<sup>2</sup> El 14 de febrero de 1945, Hiro-Hito dio orden a su ministro de Asuntos Exteriores de iniciar conversaciones preliminares no oficiales de paz. Japón pretendió llevar a cabo la gestión a través de Malik, embajador soviético en Tokio. La URSS se abstuvo de poner en conocimiento de los aliados el deseo de paz de Japón. Asimismo, antes de Potsdam, impidió el viaje que el presidente del Consejo nipón Konoya quiso hacer a Moscú para entrevistarse con Harriman a fin de negociar incluso la rendición incondicional. En la demanda de capitulación del 10 de agosto de 1945, Japón hizo constar que había recurrido a los buenos oficios de la URSS.

<sup>3</sup> En Potsdam, Truman sabía que la derrota de Japón hacía a todas luces innecesaria la entrada en guerra de la URSS.

jalín y el archipiélago de las Kuriles, que controlan el mar de Ojosk y el de Japón.

Esa pugna tenía una larga historia. En el constante estirarse hacia el Este de la Rusia zarista, unos exploradores rusos llegaron en el siglo XVIII a Sajalin. Encontraron pescadores japoneses presentes en esa isla, que cabía llamar de nadie. No los expulsaron ni pretendieron dominarlos. En aquel tiempo Rusia no tenía interés estratégico ni pesquero en esa región. Sin embargo, aprovechando un siglo más tarde la brecha abierta por los Estados Unidos, en 1854, con el Tratado de Kanawa, que rompía el aislamiento de Japón del resto del mundo, Rusia firmó en 1855 el tratado de amistad ruso-japonés de Shimoda, una de cuyas cláusulas consideraba el reparto amistoso de las Kuriles: Rusia se quedó con las del Norte y Japón con las del Sur<sup>4</sup>. En cuanto a Sajalin, se repartió a medias entre las dos potencias, situación que se alteró por correrse Rusia hacia el Sur y ocupar el centro de la isla. Por el Tratado de San Petersburgo, suscrito en 1875, Tokio reconoció a Rusia la posesión de toda Sajalin, y, en contrapartida, Rusia cedió a Japón la parte septentrional de las Kuriles, que quedó incorporada al territorio nipón. La derrota de Rusia en su guerra con Japón (1904-1905), motivada por el fracaso de los intentos para delimitar los intereses rusos y japoneses en Corea y Manchuria, aporta una nueva modificación en el reparto de Sajalin, ya que la cuestión de las Kuriles estaba resuelta desde hacía años. Por el Tratado de Portsmouth, Japón obtuvo la parte meridional de Sajalin, a la que llamó Karafuto. La rendición de 1945 alteró de nuevo y totalmente la situación, con el agravante de que no más en Yalta que en Potsdam se especificó si en el grupo de las Kuriles se incluían o no las islas Habomais, tan próximas de la gran isla de Hokaido, que la controlan y dominan.

En realidad, este avance de las posiciones soviéticas en el Pacífico, facilitado, lo mismo que en Europa, por sus aliados, pasó un poco inadvertido en el zafarrancho organizado en Asia a raíz de la derrota japonesa, una de cuyas consecuencias fue una descolonización realizada a marchas forzadas o a tiro limpio, como en el caso de la antigua Indochina francesa. Pero en 1951 las potencias aliadas, y singularmente los Estados Unidos, estimaron llegado el momento de insertar a Japón en el marco jurídico de

<sup>4</sup> La extensión territorial de Japón en 1853 se limitaba a las islas de Hokaido o Yeso; Honshu, antes Hondo; Shikoku y Kiuchu. En 1872, se incorpora las islas Ryu-kyu. En 1875, el archipiélago de Kuriles. En 1895, por el tratado de Shimonoseki, que puso término a la guerra con China, la isla de Formosa o Taiwan y Pescadores. En 1905, por el tratado de Portsmouth (guerra ruso-japonesa), Rusia cede a Japón la parte meridional de Sajalin e islas adyacentes más Port-Arthur.

un tratado de paz, lo que permitiría que tuviera parte en el nuevo sistema político-estratégico destinado a enmendar los errores de una política de confiada amistad con la URSS. No es preciso señalar en qué condiciones de inferioridad Japón, ocupado por los Estados Unidos, se dispuso a unas negociaciones en las que, después de negarse a asistir, hizo acto de presencia y participó muy activamente la URSS, en particular para suscitar problemas y obstruir los debates con vistas a impedir la firma de un tratado de paz. Andrei Gromyko, a la sazón viceministro de Asuntos Exteriores, capitaneaba la delegación de la URSS, entonces oficialmente amiga de la recién nacida República Popular China, cuya presencia en las negociaciones los soviéticos reclamaron a voz en cuello, con tanta mayor energía cuanto que la guerra de Corea la había puesto en cuarentena internacional. No lo consiguieron, como tampoco que se aprobaran las trece enmiendas que a última hora presentó Gromyko, una de ellas tendente a que los ejércitos de ocupación —entiéndase los norteamericanos— evacuaran el territorio japonés, y otra según la cual el tratado de paz sólo sería considerado como vigente una vez ratificado por la mayoría de las naciones asiáticas, en particular la República Popular China y la República Popular de Mongolia. A pesar de las maniobras soviéticas, las negociaciones siguieron adelante llevadas por los delegados de 49 países, además de la URSS<sup>5</sup>. El 8 de septiembre de 1951 se firmó el Tratado de Paz de San Francisco, con la excepción de la URSS, Polonia y Checoslovaquia. Aunque la URSS se quedara al margen de lo signado, no por ello dejó de figurar en un tratado que, por todos los medios, había procurado echar a pique. En el capítulo II, artículo 2.º c), se puntualiza que «Japón renuncia a todo derecho, título y reclamación sobre las islas Kuriles, así como sobre la parte de la isla Sajalin e islas adyacentes, sobre las cuales Japón adquirió soberanía en virtud del Tratado de Portsmouth, suscrito el 5 de septiembre de 1905». Aparte de la simplificación histórica de la cuestión, que equivale a un falseamiento de esa cuestión, se pone de manifiesto el empeño de las potencias signatarias por que la URSS no quedara excluida del reparto, haciendo caso omiso del hecho relevante, y sin antecedentes, de que no firmaba; luego, que no aprobaba lo acordado por el tratado. Pero la URSS se abstuvo de protestar, por lo que, en definitiva, era una imposición. El empeño de los signatarios del Tratado de San Francisco no perjudicaba sus intereses y le daba un respaldo jurídico para mantenerse en los territorios ocupados, incluidas las islas Habomais,

<sup>5</sup> Estaban ausentes de las negociaciones China nacionalista, India y Birmania.

sobre las que Foster Dulles, en su discurso del 6 de septiembre, hizo expresas reservas, distinguiéndolas de las Kuriles y apuntando la conveniencia de someter la cuestión a un Tribunal Internacional de Justicia<sup>6</sup>.

De nada sirvió que sugiriese tan razonable medida en busca de una eventual solución. La URSS no prestó oídos, actitud que, ciertamente, no había de entorpecer el lógico proceso de adscripción de Japón a la órbita de los Estados Unidos, proceso del que la firma del tratado de paz fue la primera fase. En efecto, Japón quedó incorporado de hecho en el sistema defensivo del Pacífico, o sea, en el Pacto de Defensa Mutua, suscrito entre los Estados Unidos y Filipinas el 30 de agosto de 1951; en el Tripartito de Seguridad del Pacífico (Estados Unidos, Australia y Nueva Zelanda), más conocido por ANZUS, de 1 de septiembre de 1951, y, posteriormente, en el acuerdo con Corea del Sur de 1953 y el Tratado de Formosa de 1954, hasta ser parte directa y declarada de ese sistema en razón del Pacto de Seguridad con los Estados Unidos, de 19 de enero de 1960.

Como era de prever, semejante rumbo de la desarbolada nave nipona impulsó a la URSS a enredar cuanto le fuera posible, haciendo un fino distinguo entre el gobierno «vendido al imperialismo» y el pueblo japonés, en el que esperó hallar el apoyo que supone un estado de subversión más o menos extendido. Así, en 1 de enero de 1952, Stalin se descolgó con un mensaje de felicitación dirigido al pueblo japonés con motivo del Año Nuevo. El impacto causado no fue inmediato; sin embargo se evidenció que el comunismo había hecho una labor de zapa en el país, toda vez que el 2 de mayo de ese mismo año se produjeron en Tokio manifestaciones de claro carácter comunista, de tal violencia y amplitud, que el gabinete Yoshida, reunido de urgencia, hubo de estudiar medidas para hacer frente a la subversión que el 8 de mayo tuvo por teatro la Universidad Waseda, de Tokio, produciéndose choques sangrientos entre estudiantes y policía. La intervención soviética se hacía patente, al extremo de que Japón pidió que se retirase el caballo de Troya, que era la Misión militar soviética en Tokio, aduciendo que tal Misión no tenía razón de existir después de la firma del tratado de paz. Mas como tal tratado no existía para la URSS, la Misión militar soviética no se retiró, y tuvo la oportunidad de comprobar directamente los progresos de una subversión que a finales de julio se aplicó a promover alborotos no sólo en Tokio, sino en otras ciudades, contra las fuerzas nor-

<sup>6</sup> Vid. Luis GARCÍA ARIAS: *El tratado de paz con Japón*, POLÍTICA INTERNACIONAL, número 7, septiembre de 1951, Madrid.

teamericanas, tema éste susceptible de calar honda y ampliamente en el patriotismo nipón. La agitación alcanzó un nivel peligroso, y la Dieta japonesa hubo de aprobar una ley contra las actividades subversivas para ayudar al gobierno a hacer frente a una situación de desorden que amenazaba con minar la reconstrucción del derrotado Japón, que tropezó con el veto soviético al solicitar en septiembre de 1952 su admisión en la ONU. Ninguna de estas zancadillas dio el resultado apetecido, que era disociar el pueblo nipón de los poderes legítimos. Se vio con motivo de las elecciones de octubre de 1952, en las que no obtuvieron siquiera un escaño los candidatos comunistas. Por lo demás, ocupada la URSS en negociar con China Popular puntos que habían quedado pendientes desde el triunfo del comunismo, negociación que concluyó con la devolución a China Popular de Dairen, Port-Arthur y la línea férrea manchú de Chang-chung, Japón pasó a un segundo término, muy beneficioso para restablecer la paz interna y multiplicar los esfuerzos con vistas a un desarrollo económico que polarizó la singular energía y laboriosidad del pueblo nipón.

Entre tanto, con pasos discretos pero eficaces, Japón iniciaba su singladura hacia el exterior con viajes del primer ministro Yoshida a París, Bonn, Roma y Wáshington, a un tiempo que, admitido a ser parte en el Plan Colombo, preconizaba la creación en Asia de una cooperación económica semejante a la OCDE. La dimensión económica, y en cierto modo política, que iba adquiriendo Japón, singularmente en Asia, donde había firmado tratados de paz con la India primero, y más adelante con Birmania, movió a la URSS a reconsiderar su táctica de topo dinamitero. Y en febrero de 1955 el jefe de la Misión soviética, superviviente de la etapa que siguió a la capitulación japonesa, hizo saber que su gobierno estaba dispuesto a iniciar negociaciones para restablecer relaciones normales entre la URSS y Japón. Aunque el entonces primer ministro Hatoyama aceptara el principio de negociaciones, se negó a que se celebraran en Moscú o en Tokio, como quería la URSS, que, a su vez se negó a que se celebraran en Nueva York, como pretendían los japoneses. De ahí no pocos forcejeos, porfías, discusiones, dimes y diretes similares a los que originó el delicado problema de la forma de la mesa de negociaciones en la Conferencia de París sobre el Vietnam. Finalmente, fueron eliminados Moscú, Tokio y Nueva York, y las negociaciones se iniciaron en Londres en julio de 1955. De entrada, los negociadores tropezaron con la espinosa cuestión de los antiguos territorios japoneses ocupados por la URSS desde 1945. Durante meses, las dos delegaciones estuvieron combatiendo en Londres, sin que ninguna cediera una pulgada

de terreno. Sin embargo, no todo fue vana disputa en esa conferencia, en la que no sólo estuvo presente lo diplomático y político, sino también los intereses económicos y comerciales de ambos países. De suerte que se dejó de hurgar en la cuestión territorial para preocuparse, en cambio, del reconocimiento *de facto* por el gobierno japonés de una agencia soviética en Tokio, extremo éste que Moscú ya había impuesto como condición previa para la apertura de negociaciones. El objeto de tal agencia —que ya funcionaba en Tokio con carácter oficioso y en sustitución de la misión, rebasada por los acontecimientos— era establecer lazos con empresas y pesquerías japonesas. La prodigiosa carrera de Japón por el camino de un desarrollo que había de convertirlo en la tercera potencia económica del mundo occidental, y la relevancia que tiene en el mundo nipón la actividad pesquera, cuyos empresarios constituyen un verdadero *lobby*, con gran influencia política, justificaba un deseo de acercamiento provechoso para ambos países. Se echó de ver, en particular, cuando ese mismo año el ministro japonés de Agricultura y Pesquerías se trasladó a Moscú y firmó acuerdos relativos a la pesca en el Pacífico del Norte y el mar de Ojosk. Ello animó a los dos países a atacar de nuevo, en julio de 1956, la cuestión de la normalización de sus relaciones por la difícil vertiente del tratado de paz, empresa complicada por las tensiones provocadas por la internacionalización por Egipto del canal de Suez.

En realidad, aun antes de que se reanudaran en Moscú las negociaciones iniciadas en Londres, ya habían encallado en la cuestión territorial, como declaró el ministro nipón de Asuntos Exteriores, Shigemitsu, al abandonar la capital de la URSS, mientras que su colega Chepilov se disponía a asistir a la Conferencia de Londres, destinada a resolver el problema del canal de Suez. Vista la imposibilidad práctica de normalizar, mediante un tratado de paz, unas relaciones, cuyo trasfondo económico era interesante para las dos partes, se acordó dejar en suspenso la cuestión de este tratado y tirar por un terreno más transitado, aunque fuera haciendo caso omiso de las normas tradicionales del Derecho de Gentes. Así se llegó a la fórmula de la declaración soviético-nipona que ponía fin al estado de guerra entre los dos países, firmado en Moscú el 19 de octubre de 1956. De conformidad con los términos de esa declaración, entre la URSS y Japón se establecían relaciones diplomáticas y consulares. Japón no había logrado su objetivo, que era recuperar, por lo menos, parte de los territorios perdidos en la contienda, pero había conseguido poner pie en el mercado soviético y, por vía de consecuencia, en el de los países comu-

nistas, con excepción de China Popular, con la que ya mantenía relaciones comerciales, si no fructuosas, prometedoras, por cuanto permitían mantener un contacto que, de hecho, se había establecido apenas terminada la guerra civil china. De otra parte, la venia soviética permitió a Japón la admisión en la ONU por unanimidad en diciembre de 1956.

Iba a iniciarse una nueva etapa, más clarificada, si bien ambigua, de las relaciones nipo-soviéticas, dominadas en su primera fase por la llegada a Tokio del primer embajador soviético, Tivosuyan, quien, con todos los respetos, presentó sus cartas credenciales al emperador Hiro-Hito, cuyo encausamiento como «criminal de guerra» pidiera la URSS en vísperas de las negociaciones del Tratado de Paz de San Francisco. Poco después, en abril de 1957, se firmó en Tokio un acuerdo sobre pesquerías, por el que Japón quedó autorizado a pescar en el Pacífico Norte 128.000 toneladas de pescado, en lugar de las 80.000 que la URSS decía estar dispuesta a conceder. Era una buena preparación artillera para la firma el 6 de diciembre del mismo año de un acuerdo comercial y otro de pagos, además de un protocolo sobre misiones comerciales en Tokio y Moscú. Favorecida por el factor geográfico, la corriente comercial empezó a fluir con pujanza entre los dos países, cuyos intercambios comerciales en 1970 fueron del orden de 653 millones de rublos<sup>7</sup>, si bien por el reciente acuerdo comercial y de pagos 1971-1975 se espera que duplique el volumen de transacciones en ese período, o sea, que pasen de 2.600 millones de rublos del anterior acuerdo quinquenal a 3.500 ó 4.000 millones de rublos<sup>8</sup>. Paralelamente, importantes firmas japonesas, cuales Mitsui, Mitsubischi, Sumitono y muchas otras, no sólo tomaron parte activa en el desarrollo del comercio soviético-japonés, sino también en una cooperación científica y técnica basada en acuerdos a largo plazo, que han impulsado, entre otras, la construcción en la bahía de Chelejov de un puerto marítimo, el más moderno de Extremo Oriente, y para el que Japón concedió un crédito de 80 millones de dólares.

Superfluo es decir que los afanes soviéticos por atraer la técnica y la inversión japonesas se centraron en Siberia, emporio de materias primas, de las que tan necesitada anda la industria nipona, pues bien conocido es el empeño de Moscú por desarrollar y poblar intensamente esos territorios, en razón de las reivindicaciones chinas. Pero aun cuando el Comité Econó-

<sup>7</sup> Vid. «Soviet-Japanese Economic Relations», *International Affairs* núm. 4, 1972, Moscú.

<sup>8</sup> Vid. «An Important Milestone in Soviet-Japanese Relations», *International Affairs* número 12, 1971, Moscú.

mico soviético-nipón firmara el primer acuerdo para el desarrollo de Siberia en 1968, y Japón ya haya cooperado en ese esfuerzo, no se ha llegado a un compromiso en firme por parte nipona para meterse de hoz y de coz en la construcción del costoso oleoducto de 6.700 kilómetros, desde Tjuman al puerto de Najodka, en el Pacífico, que se calcula habrá de costar entre tres o cuatro mil millones de dólares, y para el que Moscú pide a Tokio un crédito de 1.000 millones de dólares al 6 por 100, a pagar con suministros de petróleo durante veinticinco años. Por supuesto, la oferta es tentadora para Japón, carente de petróleo y supeditado a los suministros del lejano golfo Pérsico, como también es tentador el proyecto de cooperación para explotar la cuenca carbonífera de la Yakutia meridional o acaso los recursos petrolíferos de la plataforma continental de Sajalin. Pero aparte de la fabulosa cuantía de la inversión prevista para el oleoducto y la nada desdeñable que precisan los demás proyectos, las implicaciones políticas de cualquier compromiso son de naturaleza a incitar a sesudas reflexiones por parte de Japón, toda vez que, aparte de la felicidad de los pueblos soviéticos, Moscú persigue el objetivo de aumentar la población en esos territorios codiciados por China, lo cual es una forma de sovietizarlos. Y como quiera que China centra sus reivindicaciones territoriales en lo que estima una usurpación perpetrada por los zares, no parece ser un gesto destinado a fortalecer la reciente amistad chino-japonesa, dar ayuda económica a los llamados «herederos de los zares usurpadores». Además, por mucho que le convenga a Japón contar con materias primas procedentes de Siberia, que cabe decir tiene a mano, no es menos cierto que la vasta China, a su vez rica en materias primas y apenas explotada, también está muy a-mano. Es decir, que la solución de recambio que representa la normalización de las relaciones entre Tokio y Pekín no ha dejado de inquietar a Moscú, y lo han llevado a dar nuevos pasos encaminados a fortalecer sus lazos con Japón, lo que incita a dejar política y diplomáticamente las cosas claras y definidas con ese país.

No otra significación tuvo el viaje a Tokio del ministro de Asuntos Exteriores soviético, Andrei Gromyko, del 23 al 28 de enero pasado, viaje programado desde hacía cinco años y reiteradamente aplazado. No era ésta su primer visita al país vecino, donde había estado en 1966 para firmar un nuevo acuerdo consular, pero sin tocar el vidrioso tema de un tratado de paz. La URSS estimó que no estaba entonces el horno para ese bollo nunca olvidado por ninguno de los dos países, que no han cesado de sacarlo a colación viniera o no viniera a cuento en ocasiones. Por ejemplo,

cuando en plena crisis de Formosa (septiembre de 1958), Japón volvió a reclamar las Kuriles del Sur o Habomais y recibió un palmetazo de la URSS por cuanto —se le dijo— convertía su territorio en base norteamericana que amenazaba a China Continental. En estas condiciones, Japón rechazó la propuesta soviética de nuevas negociaciones hecha a renglón seguido. La negativa japonesa, sumada a la tensión originada por la captura de barcos pesqueros nipones en el Pacífico por los servicios soviéticos de vigilancia y la ira provocada por el aumento en Japón de bases norteamericanas, algunas dotadas de armas nucleares, crearon entre Moscú y Tokio un clima de huraño recelo, apenas suavizado por vagas alusiones soviéticas relativas a la devolución de las islas Habomai y Shikotan, siempre y cuando que la URSS, al devolverlas, tuviera la certeza de que no aumentaría el territorio utilizado por las fuerzas norteamericanas para sus planes agresivos. La firma por Japón del Tratado de Seguridad con los Estados Unidos, el 19 de enero de 1960, brindó a la URSS la oportunidad de declarar en un memorándum entregado al embajador nipón en Moscú que se veía en la imposibilidad de mantener su promesa de devolución y, más adelante, de hacer presente a su vecino que su insistencia para que le fueran devueltas esas islas era prueba patente de un espíritu «revanchista».

El incidente de los aviones-espías norteamericanos, que en mayo de 1960 torpedeó la conferencia en la cumbre de París, llevó a la URSS del terreno de las reconvenciones al de las amenazas, concretamente a notificar al Gobierno de Tokio que de transformar el territorio japonés en escudo de los Estados Unidos, en caso de conflicto, Japón recibiría los primeros golpes. El viaje a Tokio del cauto y hábil viceprimer ministro soviético Anastas Mikoyan, en agosto de ese año, se impone como una clara manifestación del deseo de no empeorar las tensas relaciones soviético-niponas y, de ser posible, mejorarlas, toda vez que uno de los objetivos perseguidos por Mikoyan era conseguir que Japón viera en el Tratado de Seguridad con los Estados Unidos una amenaza para la paz. Tokio replicó negándolo y, una vez más, reclamó las islas que consideraba —y sigue considerando— de su pertenencia. Dejando a un lado argumentos especiosos para no devolverlas, la URSS se negó en redondo a considerar siquiera semejante eventualidad. Se negó tanto más cuanto que a partir de mediados de 1962 dedicó sus desvelos a envolver a Japón en su airada protesta por las pruebas nucleares que los Estados Unidos estaban llevando a cabo en el Pacífico, extremo éste que Jrushev estimó ser una confirmación de la sospecha de un ataque por sorpresa de la URSS arteramente preparado por

los Estados Unidos. Confundiendo pruebas nucleares reales y ataques hipotéticos, Estados Unidos y Japón, Jruschev arremetió contra todo y todos, lo que era tanto más incongruente cuanto que Japón no tenía ni arte ni parte en las pruebas nucleares norteamericanas, contra las que protestó enérgica y vanamente.

Tal vez ese despectivo desoír al aliado nipón por parte de los Estados Unidos influyera en la ligera rectificación de rumbo de la política exterior que el presidente Ikeda imprimió a un Japón cada día más potente en lo económico, luego con esperanzas cada día más fundadas de recobrar su verdadera estatura política, que la derrota y la ocupación habían reducido al enanismo. A unos Estados Unidos enfrascados en la ingente empresa de contener el comunismo chino en Asia—yá habían puesto manos a la obra en Vietnam después de instaurado un multilateral sistema político-estratégico de contención—, el presidente Ikeda hizo saber que rechazaba toda idea de participación o cooperación japonesa en semejante empresa. Más adelante, Ikeda hizo presente oficialmente que Japón se negaba a la entrada de armas nucleares en las bases norteamericanas en territorio nipón, lo que no equivalía forzosamente a que no entraran, por supuesto. Pero surtiera o no efectos la prohibición, la URSS pudo estimar que Japón no estaba tan comprometido junto a su aliado norteamericano como para convertirse sin piar en base operativa con vistas a perpetrar un ataque a su territorio, ataque en el que probablemente la URSS no creyó nunca, por cuanto en 1963 estaba ampliamente demostrado que su capacidad nuclear situaba un enfrentamiento soviético-norteamericano a nivel de mutua disuasión, es decir, en el de la mutua certeza del aniquilamiento de ambos; cualquiera que fuese el que diera primero, que en el ámbito nuclear excluye la ventaja de dar dos veces. Pero la nueva actitud de Japón se le presentó a la URSS como una posibilidad de salirse con la suya, que ha venido siendo embarcar a este país en un tratado de paz y quedarse en tierra, mejor dicho, con las tierras o islas. En septiembre de 1963, desarrugando el ceño, el embajador soviético en Tokio, Vinogradov, declaró que su país estaba dispuesto a negociar el retorno a Japón de dos de las más pequeñas islas de Kuriles del Sur. Pero, añadió, la URSS no pensaba restituir las islas más importantes del archipiélago antes de la firma del tratado de paz. Era poca la carnada. El pez no picó y, sin utilizar el método Ollendorf, el primer ministro Ikeda declaró ante la Dieta que Japón nunca aceptaría firmar un tratado de paz con la URSS mientras Moscú se ne-

gara a restituir las islas Habomais, es decir, Habomai, Etorofu, Kunashiri y Shikotan.

Tan contundentes palabras parecían deber excluir equívocos o torcidas interpretaciones. Por consiguiente, cuando a principios de 1964 el ministro soviético de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, después de entrevistarse con el embajador nipón en Moscú, declaró alborozado que habían quedado resueltos los problemas territoriales con Japón, apenas si cabía otra deducción que la de una nueva postura soviética ante la permanente reivindicación japonesa. Una nueva visita de Mikoyan a Tokio pareció confirmar esa deducción. No había tal. Mikoyan aplicó sus grandes dotes dialécticas a insistir en un incremento de las relaciones comerciales entre los dos países que, por supuesto, se desarrollaban con toda normalidad, pese a los bandazos que sufrían las relaciones diplomáticas y políticas entre la URSS y Japón. Pero, convidado de piedra en cualquier mesa de negociación nipo-soviética, surgió el tema del tratado de paz y se le recordó al visitante la conveniencia de devolver las Habomais o Kuriles del Sur, requisito previo indispensable para una total normalización de las relaciones entre los dos países. Sin andarse por las ramas, el prudente Mikoyan puntualizó que la URSS no las restituiría a Japón. La URSS y Japón estaban de nuevo a punto de tensión.

La conocida cazarería de Jrushev permitió soslayar ese riesgo, ello contando con la buena voluntad de Japón. Unos meses después de la visita de Mikoyan, Jrushev declaró que: «la URSS no puede dejar de defender sus fronteras» y que el día en que los Estados Unidos abandonaran Okinawa y el territorio japonés «enviaría un telegrama al Gobierno de Tokio diciendo: puede volver a tomar las islas Habomais». Condicionando la devolución de esas islas ocupadas a la retirada de las fuerzas norteamericanas del territorio japonés, presentes en él en virtud de acuerdos concertados, la URSS suavizaba su negativa, ganaba tiempo y conservaba la esperanza de no verse jamás constreñida a devolver las islas reivindicadas. Además, la treta permitía dialogar provechosamente con el interlocutor japonés, aun cuando, según el humor reinante en el Kremlin, fuera tachado de «cómplice de las aventuras militares de los Estados Unidos en el sureste asiático» o se requiriese su colaboración para llevar a buen término el tratado de no proliferación de armas nucleares, del que Japón, por razones obvias, se mostraba entusiasta partidario.

Tales alternativas, no obstante, no hacían que se llevara al desván del olvido la reivindicación japonesa, tan estrechamente ligada a la firma del tratado de paz que se confunden hasta constituir una sola cuestión, por lo menos para Japón que, desde principios de 1966, con motivo de la visita a Moscú del ministro de Asuntos Exteriores, Shiima, reanudó las conversaciones iniciadas en Tokio con el embajador Vinogradov, con el propósito de hallar una solución pacífica del conflicto de Vietnam. Los resultados fueron menos que alentadores, pero soviéticos y japoneses se pusieron de acuerdo sobre la necesidad de concluir el proyectado tratado de no proliferación de armas nucleares. En cambio, Moscú eludió que se tocara el tema del tratado de paz y más aún la condición previa impuesta por Japón para su firma. El problema quedó en pie en espera de mejor ocasión. Estaba claro que era preferible «no meneallo» y aplicarse a mantener las cosas tal como estaban: excelentes en lo comercial y económico y evitando echarlas a perder en un afán de perfeccionarlas normalizándolas. Es más, la actitud de Japón en favor de la paz en Vietnam, que había irritado un tanto a Moscú, provocó a principios de 1967 la acusación de que Japón estaba de acuerdo con los «imperialistas norteamericanos», acusación a la que Tokio replicó instando de nuevo a la URSS para que emprendiera una política más constructiva en favor de la paz en el sureste asiático, extremo éste que se convirtió en caballo de batalla de la política exterior nipona, hartó irrealista por lo demás. Ello llevó al ministro de Asuntos Exteriores del nuevo Gobierno, Eisaku Sato, Takeo Miki, a visitar de nuevo la URSS, y también Polonia, Checoslovaquia y Hungría, durante el verano de 1967. No logró mayor éxito que en anteriores intentos, por cuanto el meollo del problema de Vietnam no estaba en esos países. En cambio, al regresar Eisaku Sato de su viaje a Washington, en el otoño de ese año, los Estados Unidos acordaron devolver el archipiélago de Bonin, al sureste de Japón.

Inmediatamente, los medios informativos nipones empezaron a jaleár la decisión con la sana intención de incitar a la URSS a seguir tan buen ejemplo. Esta se dio por aludida, y el año 1968 empezó con la borrasca de una declaración soviética por la que Moscú se negaba a considerar siquiera la mera posibilidad de una devolución de territorios cuya suerte «ya había sido solucionada a través de los apropiados convenios internacionales suscritos antes y después de la guerra». Es más, ofuscada por la reclamación japonesa, la URSS se envolvió en su dignidad ofendida y advirtió de los riesgos que haría correr al desarrollo de relaciones de buena vecindad una

agitación que calificó de «artificial» en torno a ese asunto. Artificial o no, el asunto quedaba en candelerero por haber recogido íntegramente el primer ministro Sato la herencia de esa permanente reivindicación, tan enraizada en el sentir del pueblo japonés como lo era la de Okinawa, convertida en símbolo del patriotismo nipón<sup>9</sup>. De ahí que no hubiera bufido, portazo o puñetazo en la mesa de los soviéticos susceptible de sumirla en el olvido. Por lo tanto, ningún Gobierno japonés puede dejar de plantear la cuestión a tiempo y a destiempo, cualesquiera que sean las circunstancias de cooperación técnica y financiera e intercambios comerciales entre los dos países, aunque el desarrollo de esos lazos entre la URSS y Japón tiendan a acrecentar la ambigüedad de unas relaciones carentes de una base claramente definida en lo jurídico, lo diplomático y lo político. Esa ambigüedad, sentida tanto en Moscú como en Tokio, explica el contraste entre lo cordial del diálogo en el ámbito económico y la acritud con que, en múltiples ocasiones, se recuerdan mutuamente los límites de su amistad.

Las desavenencias sobre cuestión tan importante como la manera de resolver el establecimiento de relaciones sobre una base firme, no impidieron que en febrero de 1969 se firmara un nuevo acuerdo nipo-soviético, que permitía a una línea aérea japonesa efectuar servicios Tokio-Moscú, acuerdo que, a su vez, no impidió que Japón publicara unos meses más tarde, y pese a la advertencia soviética, un mapa demostrativo de que las islas Habomais formaban parte integrante del territorio japonés. Tal mapa se lo llevó en la cartera el ministro de Asuntos Exteriores, Aichi, en su viaje a Moscú de septiembre de 1969, a fin de entablar conversaciones con funcionarios soviéticos especializados en el tema de las reivindicaciones japonesas que, por su parte, habían pulido sus armas. Aun cuando no las hubieran pulido, Andrei Gromyko estaba decidido a resistir impertérrito el asalto japonés, y se negó, una vez más, a considerar la demanda de Aichi, alegando que ello «podría afectar a todo el problema territorial de la URSS». El argumento no carecía de fundamento. Desde un punto de vista soviético, que no cabe ignorar, estaba cargado de razón y prudencia, por cuanto el *statu quo* territorial que la URSS ha logrado en Europa no permitía—ni permite—la menor cesión de lo conseguido en Asia, no fuera a aportarse agua al molino de otras reivindicaciones, incluyendo entre éstas las chinas, aunque se fundamenten en tratados y acuerdos muy anteriores a la II Guerra Mun-

<sup>9</sup> La heroica defensa de esa isla del archipiélago de Ryu-kyu durante la II Guerra Mundial se hace patente con las cifras siguientes: sólo cayeron prisioneros de los norteamericanos 7.000 de los 120.000 defensores de la isla.

dial. Pero Gromyko acaso no contara con la machaconería japonesa, abonada por lo justo de su demanda. En diciembre de 1969, Aichi pidió la apertura de negociaciones no ya con vistas a la firma de un tratado de paz, sino lisa y llanamente a la restitución de las Habomais o Kuriles del Sur. No se celebraron. En cambio, en febrero de 1970 se reunió en Moscú la Conferencia económica soviético-japonesa de tan feliz culminación, que al trasladarse a Japón, para asistir a la Feria de Osaka, el vicepresidente del Consejo, Novikov, que representaba a Podgorny, enfermo, pudo entregar al primer ministro Sato un mensaje del presidente del Soviet Supremo, en el que expresaba su satisfacción por «la creciente confianza entre la URSS y Japón», un Japón que empezaba a bogar hacia una cierta autonomía en materia de política exterior, toda vez que en julio de 1970, tomando posición ante una eventual retirada norteamericana de Asia, Eisaku Sato declaró que Japón no asumiría el papel militar de los Estados Unidos en esas áreas. En lugar de prepararse a redactar el telegrama prometido por Jruschev cuando se produjera esa retirada, la URSS, por boca de su Encargado de Negocios en Tokio, se mostró sorprendida de que Japón pusiera en duda su pertenencia de las Kuriles del Sur, de momento que la URSS las consideraba definitivamente parte del territorio soviético, lo que motivó la inevitable enérgica protesta de Japón. Una vez más, junto con las múltiples demandas de devolución de las islas ocupadas, las diversas actitudes adoptadas por Moscú frente al problema —aunque todas se reduzcan al común denominador de la negativa—, podrían titularse: variaciones en torno a las Kuriles del Sur o Habomais, quedando las variaciones a cargo de la URSS. Japón, por su parte, no ha variado desde el Tratado de San Francisco.

Sin embargo, la aparición de un nuevo factor en la política exterior japonesa, durante años anclada en aguas norteamericanas y con la proa puesta a los países del llamado «mundo libre», incita a pensar que hay una notable variante en el conocido diálogo Tokio-Moscú en cuanto respecta al tratado de paz y la reivindicación territorial. Se trata del acercamiento Tokio-Pekín, que ha culminado con la normalización de las relaciones entre los dos países con motivo del viaje a China Popular del primer ministro Kakuei Tanaka a finales del pasado septiembre. Se ha dado por sentado que Tokio volvió los ojos a Pekín como consecuencia del anuncio hecho por el presidente Nixon el 15 de julio de 1971 de su viaje a China Popular, decisión que comunicó a su gran aliado asiático momentos antes de dar esa cam-

panada que asombró al mundo<sup>10</sup>. Ello solo se ajusta en parte a la realidad. Aunque la decisión del Jefe del Ejecutivo norteamericano constituyera oficialmente una sorpresa para Japón, de hecho no pudo coger desprevenidos a los dirigentes nipones, entre otros motivos porque, aun faltos de relaciones diplomáticas con Pekín, está acreditado en la República Popular un plantel de periodistas japoneses al tanto como los de ningún otro país de lo que allí se cuece, aparte de que el constante trasiego de delegaciones y misiones niponas al país vecino permitía tener una información de primer orden. Y aun cuando el Gobierno nipón no tuviera noticia de la autoinvitación y propósito de viaje del presidente Nixon antes de que lo supiese la opinión pública mundial, el caso es que ya en enero de 1971 el ministro de Asuntos Exteriores del gabinete Sato, Aichi, había declarado su deseo—que sólo podía ser el de su Gobierno—de establecer «contactos a nivel gubernamental con Pekín para colocar las relaciones chino-japonesas en un camino normal». No era un deseo surgido por generación espontánea. Las largas y cada día más consolidadas relaciones comerciales y humanas entre China Popular y Japón, fomentadas por la actividad de empresas particulares japonesas, algunas de ellas aplicadas a una cooperación técnica y financiera provechosa para ambos países, sólo podían desembocar en un reconocimiento oficial. Fueron los compromisos con el protector norteamericano, más que los compromisos derivados del Tratado con China Nacionalista de 1952, como se ha visto recientemente, los que frenaron los pasos de Japón hacia su vecina y, cabe decir, tradicional amiga, pese a las tormentas iniciadas a finales del siglo XIX. El cambio de actitud de los Estados Unidos dejó a Japón en libertad para adecuar su conducta a sus deseos y conveniencias, como expresara en su día Aichi. Las reticencias de Pekín frente al Gobierno Sato, según declaraciones de Chou En-lai, no podían detener un proceso en marcha desde hacía tiempo. La declaración hecha por el ministro de Asuntos Exteriores, Takeo Fukuda, en el Parlamento a finales de 1971, según las cuales Japón se disculparía oficialmente ante China Popular por la guerra de Manchuria de los años treinta, evidenció que el acercamiento Tokio-Pekín estaba a punto de ser un hecho solo supeditado a un cambio de Gobierno nipón, de fácil previsión, dado el desgaste en el poder de Eisaku Sato y su equipo.

<sup>10</sup> «Un antiguo embajador de Japón en Washington decía tener siempre la impresión de que cualquier día los Estados Unidos le harían saber que habían decidido reconocer a China», Robert GARRY: «Les relations de la Chine et du Japon», *Etudes Internationales*, p. 52, año I, febrero de 1970, Quebec.

Por consiguiente, a finales de 1971, se imponía en el horizonte un amago de nuevo ordenamiento político-económico en el Pacífico ante el que hubo de reaccionar la URSS, un poco apoltronada en el esquema de la contención y la cuarentena impuesta a China Popular. Como primera providencia, despachó a Tokio a su ministro de Asuntos Exteriores, Andrei Gromyko, bien conocido de los japoneses desde las batallas campales de la Conferencia de San Francisco. Gromyko, hecho mieles, llegó a Tokio el 23 de enero de 1972, para una visita que había de durar hasta el 28. Sin comprometerse a nada, por supuesto, dialogó con Fukuda de todos los temas que éste le planteó, sin excluir el sempiterno de las cuatro islas. De suerte que el comunicado final, aparte de cargar el acento sobre la creciente importancia de los lazos económicos nipo-soviéticos, acordar una cooperación en el ámbito de la pesca y decidir que habrían de celebrarse en adelante consultas a nivel ministerial, por lo menos una vez al año, recogió el común propósito de iniciar conversaciones con vistas a la conclusión de un tratado de paz. Es decir, que el ineluctable acercamiento Tokio-Pekín se proyectó en las conversaciones Fukuda-Gromyko, impulsando a la URSS a afrontar conversaciones de paz en una primera etapa que se fijó para septiembre de 1972. No bien reintegrado Gromyko a Moscú, rizando el rizo de una posición conocida desde hacía más de veinte años, Eisaku Sato declaró ante el Parlamento que Japón no firmaría un tratado de paz con la URSS mientras no devolviera las Habomais, partes integrantes del territorio japonés, sin perjuicio de que en el mes de febrero se reuniera el Comité Económico soviético-japonés, que viene funcionando sin tropiezos desde 1966, año de su creación.

La llegada al poder de Kakuei Tanaka el 5 de julio pasado dio decisivo impulso a la normalización de relaciones con China Popular, llevado hasta entonces con pies de plomo—en razón del plomo norteamericano—. Y no bien iniciara su actividad el nuevo primer ministro, sacó a relucir la carta china. Entonces, como en un «ballet» cuyas figuras están todas minuciosamente preparadas, Chou En-lai entró en escena el 22 de julio para invitar a su colega a visitar Pekín en septiembre. El resultado de esa visita, que fue la normalización de las relaciones entre los dos vecinos, que se daba por descontada, no pudo coger de sorpresa a Moscú. Tiempo había tenido para sopesar las consecuencias de la nueva situación y su incidencia en las relaciones soviético-niponas. Una de tales consecuencias, y no ciertamente la menor, es que el acercamiento Tokio-Pekín, que incrementará unos lazos

comerciales ya estimables, descarta totalmente para la URSS la mera eventualidad de hacer presión sobre Japón a cuenta de los suministros de materias primas siberianas, de costo más reducido que las procedentes de otros puntos del mundo, dada la proximidad de las fuentes de abastecimiento. Por consiguiente, ya no puede plantear la alternativa—considerada por un comentarista—entre suministro y rescate del territorio nacional. Por lo demás, las relaciones económicas entre Japón y la URSS no se reducen a ese elemental andar al daga y toma que prescinde de la compleja urdimbre de la cooperación a inversiones de común interés.

De otra parte, la renovada amistad chino-japonesa parece ser una baza para Japón en la actual coyuntura internacional, en que la coexistencia entre las dos superpotencias se afirma como una cooperación que, quiérase o no, anula la posibilidad de que alguna de ellas se avenga a crearle dificultades a la otra en provecho de un tercero si esto no favorece un interés nacional directo. Y el caso es que la reivindicación territorial japonesa no afecta directamente a los Estados Unidos cuando han empezado a reconsiderar la cuestión de su presencia no sólo en puntos del territorio japonés, sino en Asia, singularmente Asia del sureste. Es decir, que la importancia estratégica de las Kuriles, derivada del dominio del mar de Japón y de Ojosk mediante la total posesión del archipiélago, se ha convertido en cuestión de interés marginal para los Estados Unidos, que bogan con las velas desplegadas hacia la aplicación de la llamada «doctrina Nixon», o sea, renunciar a la lidia del toro comunista chino y, asimismo, del toro comunista soviético, en gran parte asiático. Por lo tanto, pese a un Tratado de Seguridad suscrito con los Estados Unidos, y al que Japón, prudentemente, no quiere renunciar, poco puede contar con su aliado para «desfacer el entuerto» que ha sido obra de su aliado.

En cambio, ante la incógnita de la posición futura de Japón en el latente conflicto y, en todo caso, tensión de raíz geopolítica más que ideológica entre China Popular y la URSS, ésta no quiere soltar la prenda de las Kuriles del Sur, de gran valor posicional, cuya posesión hace gravitar una eventual amenaza directa sobre el territorio japonés, extremo éste que acaso explique tanto—o más—la resistencia soviética a la reivindicación japonesa como el temor de darle a China una oportunidad de hacer hincapié en un antecedente de devolución de territorios. De ahí que la reconciliación chino-japonesa sea un factor positivo para Japón y, a un tiempo, negativo. Anulándose entre sí, dejan las cosas tal cual han estado durante años: de una parte,

reivindicación incansable; de otra, oídos de mercader. Ello no coarta a China Popular, que está a todas las que saltan, siempre que perjudiquen o desprestigien a su vecina del Norte, para tomar posición decidida junto a Japón. No es cosa de hoy, aunque actualmente su propaganda escrita y radiofónica recoja con fruición el tema. En 1964, Mao Tse-tung se refirió a la reivindicación «del pueblo japonés», apoyándola con toda la energía del que está en un caso similar, con la particularidad de que las reivindicaciones chinas no datan de la era comunista: Sun Yat-sen, el fundador en 1911 de la República china, las había formulado en 1924.

Es decir, que cuando el 22 de octubre pasado se iniciaron en Moscú, con retraso de un mes, las acordadas negociaciones entre el ministro japonés de Asuntos Exteriores, Masayoshi Ohira, y su colega soviético, Andrei Gromyko, el camino no estaba desbrozado de la conocida maleza y cabían escasas esperanzas de que surgiera el tratado de paz —o su borrador— al término de las entrevistas, que finalizaron el 24 de octubre, un poco a la chita callando. En efecto, el estruendo organizado en torno a las negociaciones «secretas» celebradas en París, entre Henry Kissinger y Le Duc Tho restaron atención informativa a las de Moscú. Sin embargo, éstas no eran menos importantes que aquéllas, aunque los resultados de ambas fueran igualmente nimios. De todos modos, las negociaciones soviético-niponas no abordaron total y decididamente el tratado de paz. Al parecer, apuntaron en primer término a poner en conocimiento de los soviéticos los resultados del acercamiento entre Tokio y Pekín, es decir, a dar a Moscú seguridades de que no afectaría las relaciones entre la URSS y Japón. Por lo tanto, quedaba excluida la posibilidad de un resultado espectacular o del hallazgo de una fórmula susceptible de conciliar posturas inconciliables. No había otra salida que rondar la cuestión sin tratarla. Por lo demás, la petición formulada por Gromyko a Ohira de preparar un plan de paz muy concreto antes de que se reanuden las conversaciones en la próxima primavera evidencia que la URSS ha optado por dar largas, sin duda en la confianza de que el tiempo trabaja en su favor. Será precisamente el tiempo el que dirá si es un acierto o un error de la URSS contar con que es un auxiliar eficaz. En todo caso, lo ha sido en Europa.

No obstante estas divergencias, los dos interlocutores pudieron debatir como buenos amigos la cuestión de la cooperación entre los dos países. El fracaso de las negociaciones de Londres hace diecisiete años no impidió que Japón se convirtiera en el primer proveedor y cliente del mundo occidental

para la URSS; tampoco el aplazamiento de una nueva negociación de paz acordada en Moscú ha de estorbar que soviéticos y japoneses concierten planes a largo plazo destinados a proseguir su cooperación financiera, comercial y técnica, ya ampliamente iniciada. Ello pone de manifiesto un común «posibilismo» o pragmatismo que se articula con los sarcasmos soviéticos por lo «absurdo» de la reivindicación de las Habomais o Kuriles del Sur, por parte de un Japón que corre el riesgo de convertirse «en instrumento político involuntario del maoísmo», como estimaba recientemente *Izvestia*, y también con los clamores patrióticos de los nipones. Es el resultado de una creciente delimitación de lo político y lo económico, contra la que, en su día, arremetía el marxismo-leninismo. Pero de esto hace años, muchos años.

CARMEN MARTÍN DE LA ESCALERA